

EL OFICIO Y EL ARTE DE INTERPRETAR.  
EN TORNO A LAS EMOCIONES Y A LOS IMPLÍCITOS.  
UNO DE LOS LEGADOS DE EMILIO A. STEVANOVITCH  
SOBRE EL QUE VALE LA PENA REFLEXIONAR

Laura Bertone

Sabemos, por intuición y por contraste, por autoobservación y por comparación, que los argentinos no solo somos un pueblo de emociones fuertes sino que nos enorgullecemos de serlo.

Ahora bien, ¿cómo expresamos nuestros sentimientos? ¿Cómo los modelamos, los compartimos, los procesamos?

La comunicación –del griego *koinónia* y del latín *communicare*, ‘ser, tener o poner en común, estar en relación, relacionar’– es constitutiva de la vida en sociedad. No solo de la vida entre los hombres, también del hombre consigo mismo y a veces de él con algo superior.

El lenguaje caracteriza la vida humana y es central para la comunicación. La capacidad lingüística que los humanos compartimos va mucho más allá, sin embargo, del significado de las palabras como se pudo creer en un principio. Hoy sabemos que los signos paralingüísticos son al menos tan importantes como el contenido semántico de las palabras, como su organización y su puesta en contexto. Así, tonos, tonillos, énfasis, pequeños gestos, miradas, respiraciones son también portadores de sentido para quien sepa **observar**.

Fue la melodía y el tono de las palabras lo que le permitió a la pediatra francesa Françoise Dolto<sup>1</sup> comunicarse magistralmente con bebés de solo dos o tres meses de edad, no el significado intrínseco de las palabras que pronunciaba. De la misma manera, fue la coloración del tono

<sup>1</sup>Françoise Dolto (1908-1988), pediatra y psicoanalista de niños, autora de veinte libros y creadora de “Casa Verde”.

de las palabras, según nos cuenta Constantin Stanislavski<sup>2</sup>, que hizo que un amigo suyo se conmoviera hasta las lágrimas al escuchar una poesía recitada en alemán aún desconociendo totalmente ese idioma.

El trabajo de un intérprete profesional de conferencias y su comparación paso a paso con el discurso original del orador revela esa sumatoria de capacidades de observación, necesarias para una buena interpretación. Tomemos por caso el ejemplo de un colega, pionero en el campo de la interpretación entre nosotros. Me refiero a Emilio A. Stevanovitch<sup>3</sup>. Seguramente influenciado por su larga trayectoria radial, Steve (como afectuosamente lo llamábamos en el mundillo porteño de la interpretación) garabateaba signos por encima de las palabras en un texto a interpretar para recordar ubicar énfasis especiales por aquí o por allá.

Los anglosajones habían comenzado a desarrollar desde principios del siglo veinte minuciosos sistemas de marcación fonética y prosódica a partir de Daniel Jones, Kingdom y O'Connors. En español, en cambio, la investigación empezó más tardíamente, sobre todo en Hispanoamérica y aún hoy el material que encontramos proviene a menudo de estudios realizados en el marco europeo del mundo académico.

Hijo de una conocida soprano rusa, apasionado por la música de la que devino especialista, conocedor y crítico, no es de extrañar que a Steve no le bastaran los signos prosódicos o los de puntuación que ofrecía por entonces la investigación del idioma castellano. Compentrado como lo estaba con el mundo teatral, Steve desarrolló un sistema propio de marcación paralingüística de los textos a interpretar: pequeñas marcas en el papel, flechitas ascendentes o descendentes para identificar con rapidez los puntos donde debía elevar el tono, hacer pausa especial, enfatizar, levantar o dejar caer la voz. Este era el equivalente casero de las marcaciones consensuadas en inglés (gran descenso de la voz, pequeño descenso, marcado descenso, etc.) que tanto sirven desde el punto

<sup>2</sup> En *La construcción del personaje*. Madrid: Alianza Editorial, 1975.

<sup>3</sup> Emilio A. Stevanovitch (1924-1988), doctor en Filología, crítico musical y de teatro, fundador de la revista *Talia* y de la colección de "obras de teatro argentino del mismo nombre, periodista, creador y conductor de programas culturales de radio y televisión, traductor, intérprete de conferencias, profesor de Interpretación, director de la carrera de Interpretación en la Universidad del Salvador". "Su fecunda trayectoria profesional estuvo signada por una inagotable curiosidad, por un deseo permanente de conocer siempre algo más sobre la vida cultural".

de vista pedagógico para imitar no solo los sonidos, sino la entonación británica o americana.

Cualquier estudiante de teatro sabe que la entonación es portadora de sentido y que podemos llegar a decir hasta lo opuesto de lo que significan las palabras a través de una curva dada de entonación. O como decía Stanislavski<sup>4</sup>, el acento de una determinada palabra guía nuestro entendimiento como un dedo indicador. El cambio de énfasis (acento enfático o de insistencia) transforma el sentido de una frase al revelar los implícitos.

Veamos un ejemplo:

¿Vino **usted** ayer? –Esperábamos a su socio...

¿Vino **ayer**? –Pensábamos que iba a llamar primero...

¿Vino usted **ayer**? –¡Lo esperábamos hoy!

Estos sutiles cambios amplían el abanico de posibilidades de sentido, tanto a través de lo que se dice como de lo que **no** se dice. Solo es cuestión de poner atención y observar más allá de las palabras. Esto que puede resultar banal enriquece el espectro de nuestro entendimiento, distinguiendo matices y claroscuros para refinar la creación de sentido. Sentido que en la actualidad, y de acuerdo a las últimas pruebas PISA<sup>5</sup> realizadas, tanto cuesta a los estudiantes argentinos captar, recrear o atribuir para entender un texto en profundidad.

Así como es posible distinguir entre frecuencia, intensidad y duración de un sonido, también es factible reconocer distintas funciones de la entonación. Una de ellas es la expresiva. Según la estructura del grupo fónico en español, la voz puede iniciar un marcado descenso en la fase inicial, interior o final de un segmento. Cuando la voz inicia un marcado descenso en la última sílaba acentuada, a esta parte se la llama tonema. La entonación española puede tener cinco tonemas, a saber:

<sup>4</sup> En *La construcción...*

<sup>5</sup> El informe PISA (*Program for International Students Assessment*) ofrece una comparación del rendimiento de estudiantes de quince años de edad de distintos países a través de pruebas que se realizan cada tres años. La OCDE se encarga de la realización de dichas pruebas estandarizadas en tres áreas básicas. Según el último informe, los resultados de las pruebas de comprensión de textos revelaron una dificultad incrementada en la comprensión por parte de los estudiantes argentinos evaluados.

cadencia (tonema final con descenso de la voz de unos 8 semitonos), semicadencia (descenso de 3 o 4 semitonos), anticadencia (ascenso en la voz de 4 o 5 semitonos), semianticadencia (ascenso de 2 o 3 semitonos) y suspensión, sin ascenso ni descenso de la voz. Hay una entonación específica de la oración enunciativa y otra de la exclamativa que puede ser de tres clases: descendente, ascendente u ondulada. La lista sigue y es larga. Está también la entonación del pedido, del ruego, de la orden, etc. ¿Tenemos conciencia de los medios a nuestro alcance para expresar lo que sentimos? ¿Para interpretar y entender con profundidad a los demás?

Intentar describir con palotes sentimientos complejos y refinados resulta misión imposible. Esto no significa que nuestros sentimientos no sean complejos y refinados, sino que podemos no contar con herramientas al alcance de la mano para transmitir lo que sentimos. Esto puede, a su vez, volver más dificultosa la clara percepción y distinción de matices en nuestros sentimientos. En una época, al hombre le bastaron los palotes para contar; el ábaco representó un progreso considerable; después vinieron calculadoras, computadoras, calculadoras electrónicas y demás. ¿Pretenderíamos hoy contar con exactitud cifras que superen los mil millones con centésimos y milésimos si solo dispusiéramos de unos pocos palotes para sumar? ¿Cómo transmitir descubrimientos complejos si nuestros interlocutores solo disponen de palotes para entender? ¿Cuánto de lo que decimos queda fuera de todo entendimiento, de todo registro?

A mayor capacidad para distinguir y discriminar elementos, para percibir similitudes y diferencias, mayor capacidad también de generar riqueza, tanto en los hechos como en su relato. Sabemos desde Korzybski<sup>6</sup> que el mapa no es el territorio, que un buen mapa es el que reproduce en escala la estructura, características, rasgos, proporciones y organización del conjunto del territorio estudiado. Debe haber concordancia entre el conjunto y sus partes. Si al mapa le faltan detalles o es pobre en elementos descriptivos, si fue hecho con trazo grueso o con derivas, por rico que sea el territorio, sus habitantes pueden padecer hambruna por falta de conocimiento.

La verosimilitud de relación entre el mapa y el territorio es lo que cuenta.

<sup>6</sup> Alfred Korzybski (1879-1950), conde polaco emigrado a los Estados Unidos y autor, entre otras obras, de *Science and Sanity* y *Manhood of Humanity*. Es conocido, sobre todo, por desarrollar la teoría de la semántica general.

Volvamos ahora al comienzo y a la importancia que nuestra sociedad otorga a lo emocional.

¿Es posible que sintamos emociones, a veces, con mucha mayor intensidad de lo que logramos expresar? ¿Es posible que lo que sentimos sea tan fuerte y tan rico que las palabras no parecen alcanzar? ¿Sufrimos, en ocasiones, de un cierto “semianalfabetismo emocional”? ¿Qué y cuántas gamas de tonos y tonillos usamos para transmitir nuestro universo afectivo?

¿Cuántas emociones positivas, negativas y neutras somos capaces de inventariar? ¿Cuántos matices y claroscuros de la emoción percibimos? ¿Hasta dónde bajamos con los graves de la ira y hasta qué alturas llegamos para captar y definir el agudo más alto de un Stradivarius o el casi invisible batir de alas que le permite al picaflor libar la flor? ¿Aceptamos describir nuestra realidad solo a partir de ciertos estereotipos según los cuales una tosca clasificación de cuatro o cinco vocablos basta para definir nuestra calidad emocional? ¿Cuánto hemos hecho en nuestra cultura que tanto valora lo emocional, por reconocer matices y procesar emociones?

Y en otro orden de cosas ¿cuánto nos esforzamos por controlar las emociones negativas como la ira, la impaciencia, la intolerancia? ¿Dónde o con quién aprendemos a transmutarlas o a expresarlas de manera civilizada y sanadora? ¿Cuánto hacemos, como sociedad, por valorar y potenciar las emociones positivas? ¿Por reunirnos en torno a hechos o a personas que nos hagan sentir bien como seres humanos que evolucionan? ¿Tenemos acaso, como sociedad, conciencia, de que las emociones son también materia prima educable? ¿Hay algún colegio, estatal o privado, donde se trate este tema explícitamente?

¿Cómo es posible, entonces, que una sociedad que reconoce su capital en energía emocional no haga esfuerzos por conocerlo a fondo, por discriminar niveles, clases, subclases y matices en dicho capital? ¿Por distinguirlos y nombrarlos para ser capaces de identificarlos fácilmente entre todos después? ¿Cómo es posible que la sociedad no intente mejorar sus modos de lidiar con esas energías, de discriminar las buenas de las no tanto, de transmutar algunas y atesorar otras? ¿Cómo es posible contentarse con contar con palotes algo que requiere de nuestra más refinada atención y capacidad descriptiva? ¿Cómo entender los momentos elevados de los demás, cómo compartir percepciones inéditas, el asom-

bro ante las maravillas del mundo si no compartimos las herramientas y los referentes para trabajar el material e impedir que lo más valioso se escurra como arena entre las manos? ¿Cómo salir del lodazal y ser muchos más quienes, desde las cloacas junto a Oscar Wilde, levantemos la vista para mirar las estrellas?

Si no identificamos y reconocemos estas variadas y múltiples posibilidades en sus pequeñas o grandes diferencias, como en una riquísima paleta de distintos colores y matices, achicamos nuestro universo afectivo y empequeñecemos nuestro entendimiento. Si el hombre es un ser en busca de sentido ¿cómo aceptar estas limitaciones que lo reducen y lo opacan?

La emoción que altera la serenidad de nuestro estado de ánimo, afecta los movimientos musculares del aparato fonatorio y esto se manifiesta en la entonación, o sea, en el tono de la voz. “Mal puede tener la voz tranquila quien tiene el corazón temblando”, decía Lope de Vega.

Emilio Stevanovitch sabía esto tan visceralmente que no solo se preocupó por aplicarlo en sus intervenciones y en transmitirlo a sus alumnos, sino que hasta inventó un sistema gráfico para registrarlo, cuyo uso podría resultar de interés en la actualidad.

Hoy, a más de veinte años de su desaparición, hay quienes todavía recuerdan el timbre cálido de la voz grave de Steve y la gestualidad proveniente de “su caseta”, como si hubiera habido dos interpretaciones simultáneas conjugadas en busca de sentido, una oral y otra física.

El impacto de sus enseñanzas marcó a varias generaciones de intérpretes. Acabamos de referirnos solo a una de ellas: la importancia de lo emocional y de lo implícito en la creación y recreación del sentido. Hay otras enseñanzas notables que en mi opinión hicieron escuela, el entrenamiento específico de la atención y la memoria, el rápido barrido de datos para descubrir lo esencial en un texto y lo que hoy, desde una perspectiva renovada, podríamos llamar algo así como “dinamización cognitiva y cultural”. Tema importante, si los hay, no solo para los intérpretes, sino para todos quienes deseen desarrollar y potenciar sus facultades mentales. Pero esta es harina de otro costal y punto de partida, tal vez, para otro artículo.